

El conservadurismo

El actual conservadurismo no es el producto exclusivo de una imposición política, sino que cuenta con un amplio respaldo social. Naturalmente la guerra es el mejor indicador de este fenómeno.

Ser conservador equivale, desde la óptica de la guerra, a no someter a discusión ninguna de las acciones que el gobierno ha efectuado desde el 11 de septiembre.

Sería un error creer que el 11 de septiembre ha sido el motivo de la actual oleada de conservadurismo que recorre los Estados Unidos. Tan profundas como las raíces políticas son las raíces raciales y religiosas. Todo empezó con el destronamiento de Clinton y los demócratas por parte de George W. Bush. O quizá mucho antes. Ya en la campaña presidencial de 2000 aparecían por todas partes los síntomas de que la mentalidad conservadora volvía a ganar terreno. No fue sólo asunto de experiencia o de dinero que el partido Demócrata haya preferido a Al Gore frente a Bill Bradley. Tampoco que, por su parte, los republicanos se transaran por George W. Bush en vez de John McCain.

Gore, a pesar de ser el campeón de la causa ambientalista en el partido demócrata, ostentaba un sistema de valores profundamente convencional. Muchos resultaron sorprendidos al ver que el defensor de la ecología y las minorías se desdecía luego de haber sido cuestionado por apoyar ciertas modalidades de aborto. En realidad, Gore se había mostrado tal cual era al marcar distancia del presidente Clinton cuando éste intentaba sobrevivir al linchamiento político desatado por su aventura sexual con la pasante Mónica Lewinsky. Esto no sólo revelaba la poca firmeza de Gore como vice presidente, sino también su gran susceptibilidad en materia de moral, sobre todo en relación con aquello que las encuestas consideraban objetable. Bush, por su parte, es la esencia misma del converso: después de una juventud normal —es decir, con mucha juerga y disipación—, guiado por su esposa Laura —una mujer profundamente religiosa— se entregó a los brazos de un dios, que en el sistema de creencias de un protestante texano y millonario debe ser algo así como un ángel guardián de las buenas costumbres, la cuenta bancaria y la pena de muerte.

Conservadurismo

A lo que apunta esta premisa es que el problema del conservadurismo no puede ser reducido sólo a la esfera de la ideología política. Por uno de esos impredecibles giros de la historia, el partido Demócrata es asociado con la élite yanqui progresista del nor-este —una élite caracterizada por su capacidad de adherir minorías de gran peso político como los judíos, los latinos y los negros—, mientras los republicanos representan la jerarquía social, las aristocracias tradicionalistas y la supremacía racial. Ambos partidos, sin embargo, cobijan grupos de interés con tendencias denominadas conservadoras. Siguiendo este criterio, el conservadurismo no es entonces una ideología, es la forma y comportamiento de quienes son enemigos de lo que no comprenden, sea cual sea su signo ideológico.

Pero, hay varias preguntas que persisten. La primera es: ¿qué significa ser conservador en Estados Unidos en nuestros días? A la luz de las limitaciones impuestas a los derechos civiles, el conservadurismo de hoy es el establecimiento desde la esfera de poder de un status quo basado en el patriotismo, la defensa del interés nacional, y la omnipotencia imperial a costa de la pluralidad democrática y la libertad de disensión interna garantizada en la Carta de Derechos.

Sin embargo, esta afirmación presenta varios aspectos problemáticos. Nadie se llame a engaño: el actual conservadurismo no es el producto exclusivo de una imposición política, sino que cuenta con un amplio respaldo social. Naturalmente la guerra es el mejor indicador de este fenómeno. Ser conservador equivale, desde la óptica de la guerra, a no someter a discusión ninguna de las acciones que el gobierno ha efectuado en el campo militar y político desde el 11 de septiembre.

Mientras en los años sesenta la intervención en Vietnam generó reticencias instantáneas e incluso la reciente guerra de Kosovo le valió a Clinton ser tildado de genocida, la campaña contra el régimen Talibán y los escuadrizos miembros de la secta Al-Qaeda, ha contado con una aprobación virtualmente unánime. De acuerdo con el Índice Harper de marzo, al 47,2 por ciento de los americanos les parece 'buena idea' que el gobierno censure informaciones relacionadas con la guerra de Afganistán en los medios de comunicación. Tampoco es casual que, a despecho de la parálisis de la economía y del escándalo de corrupción protagonizado por la empresa Enron, la gestión presidencial de Bush goce del 70 por ciento de aprobación popular. Todos estos factores responden a un espíritu nacional que parece haberse puesto de acuerdo para cancelar cualquier actitud opositora.

Este consenso neutral ha fermentado rápidamente en la esfera pública. La oposición ha prácticamente desaparecido. Tras los primeros días de guerra, en la televisión, la radio y los periódicos de circulación masiva, la banda ancha de la discusión se vio reducida a una tímida beligerancia y enseguida a un incómodo silencio. La exploración de la historia y la política en busca de razones para el desmedido crimen fue reemplazada por un patriotismo ciego, cuya manifestación más obvia es el convencimiento nacional de que las acciones suicidas, que costaron la vida a más de tres mil personas, fueron obra del demonio. En gran medida, a nadie le interesa reconocer que desde la Guerra Fría parte de la política exterior de Estados Unidos ha consistido en el mantenimiento —a través del imperialismo y el neocolonialismo— de las terribles asimetrías sociales y económicas que caracterizan al Tercer Mundo. Por esa misma vía tampoco con-

viene admitir que los Estados Unidos financió grupos armados fundamentalistas en el medio oriente, como es el caso de los talibanes y, tangencialmente, de Al-Qaeda. Muchos de estos grupos servían para mantener el pulso de fuerzas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, pero no contribuyeron en absoluto a la noble causa de la libertad. Tal vez allí pueden estar algunas de las causas que explican la locura del 11 de septiembre. En este momento, por tanto, la elevación de la retórica del mal al centro del discurso político se corresponde con la idea de que ser conservadores equivale a estar del lado de Dios, es decir, con los buenos.

En esto resulta completamente irrelevante ser demócrata o republicano. De acuerdo con la lógica conservadora, el mal es el mal y no hay caso discutir. De este modo, lo que yace detrás del maniqueísmo en boga es la identificación del conservadurismo como una fuerza de valores morales consistentes y monolíticos frente a un liberalismo marcado por un amenazante relativismo cultural. Esa supuesta consistencia conservadora ha sido utilizada en estos días como un escudo contra la inseguridad y el miedo que acecha a muchos norteamericanos.

Es increíble constatar que esta onda retrógrada obedece al retorno de valores que predominaron antes de los años sesenta, cuando el huracán de los derechos civiles y el fracaso de Vietnam estremecieron los cimientos mismos del American Way of Life.

El péndulo del recato

El conservadurismo parece acatar la ley del péndulo: los momentos de liberalismo y conservadurismo oscilan entre los extremos. Si los sesenta encuentran su mejor definición en la denuncia de la hipocresía del sistema, en la liberación de los conven-

cionalismos sociales que constreñían al individuo y en una valoración más amplia de la Otredad, el siglo que comienza apunta exactamente hacia lo contrario.

El signo de los tiempos es la intolerancia. Es sintomático que las universidades sean el espacio donde un nuevo estado de cosas ha comenzado a tomar cuerpo. Presionadas por la matriz de opinión y por las juntas de donantes, muchas casas de estudio han abandonado su sagrada misión de ser arenas para el enfrentamiento de ideas y posiciones. Por tanto, cuando no han adoptado por el bochornoso bajo perfil, haciéndose la vista gorda con lo que está pasando, han succumbido a la discriminación patrioter de la derecha más extremista. Para muestra un botón: actualmente la Universidad del Sur de Florida lleva a cabo un proceso para despedir a Sami Al-Arian, profesor de ciencias informáticas de origen árabe, quien hace una década proclamó: "Muerte a Israel".

Por ser expresión de odio, las ideas de Al-Arian deberían ser objeto de crítica. Lo que a la luz de los principios de libertad académica resulta inadmisibles es censurarlas. La apesetosa cacería de brujas contra Al-Arian ilustra no tanto la distorsión del principio académico, como el rechazo al diálogo. Estos aspectos fragmentadores de la sociedad son típicos del pensamiento conservador. Sin embargo, no se trata de un caso aislado. Cada día aparecen en la prensa nuevos ejemplos como el suyo. Que esto ocurra en la academia lleva a suponer que en el sector privado, el ejército y la administración pública las cosas no deben ser mucho mejores. Una y otra vez se escuchan anécdotas callejeras de intolerancia política y acoso étnico.

Esta constatación lleva a una segunda pregunta: ¿qué factores han impulsado el conservadurismo?

La respuesta es compleja. Resultaría fácil resolver el problema señalando como principal responsable del conservadurismo al presidente Bill Clinton, o mejor dicho, al espíritu de los tiempos representado por su administración. Y seguramente hay algo de eso. Los norteamericanos le perdonaron a Clinton sus devaneos erotómanos por su talento de estadista y su carisma personal. Después de todo, su gobierno le dio un impulso fabuloso a la economía, aumentó el bienestar de la clase media, amplió significativamente el mainstream incorporando a las minorías –aunque le fue imposible abrir el ejército a los homosexuales–, dio un renovado vigor al Estado y colocó a su país en el papel de factotum de la globalización. Pero poco importa que Clinton haya sacado a la sociedad de doce años de congelamiento republicano. Para millones de americanos, sin duda, lo que hoy permanece de su figura es un legado de laxitud moral y corrupción. A su parecer la era Clinton es el sinónimo perfecto para la década de los noventa, un incómodo paréntesis cuya frívola consigna fue el vale todo, años de fuertes querellas culturales –ver La cultura de la queja de Robert Hughes– en los que Estados Unidos, luchando contra su propio oscurantismo, dio un paso decisivo hacia el multiculturalismo y se abrió al orden internacional que ellos mismos habían boicoteado desde el comienzo de la Guerra Fría.

Por otro lado, en momentos de alta tensión emocional, como los vividos por el pueblo americano a raíz del 11-S, esta forma de conservadurismo inspirada en el genuino deseo de depurar el sistema político, ha sido la materia prima utilizada por los republicanos para manipular el desconcierto de las mayorías en favor de un juego político mucho más dramático del que el ciudadano común puede vislumbrar.

Doble vía o calle ciega

El conservadurismo es un arma de doble filo. Si bien le ha permitido al país apuntalar la identidad a través de símbolos y valores nacionalistas, también lo ha enajenado de su propia diversidad y pluralismo y aislado del exterior.

En gran medida, este ensimismamiento le ha proporcionado a los republicanos en el poder la coartada perfecta para correr un velo de humo sobre temas de verdadera urgencia. En consecuencia, lo que importa es utilizar el miedo para difundir el discurso ambiental de sospecha y paranoia que le permite a la Casa Blanca operar a sus anchas, sin discutir en la esfera ciudadana asuntos como la calidad ambiental, la seguridad nacional, la guerra global, el seguro social, y la estabilidad del sistema económico.

El peligro mortal del conservadurismo en estos momentos es que los Estados Unidos quede atrapado en las tinieblas de la intolerancia y en el acriticismo bobalicón que tanto conviene a los operadores políticos. Varios articulistas de la gran prensa coinciden en que de no ser por la guerra contra el terrorismo, el escándalo de Enron –la bancarrota más espectacular de la historia americana– le habría costado a Bush gran parte de su capital político, sino la presidencia.

La última pregunta es: ¿hasta cuándo será posible sostener la charlatanería conservadora y adónde puede llevar ésta? Ronald Reagan, el más emblemático y brutal estilista del conservadurismo, logró gobernar como si su país fuera una nación monocultural, es decir, una comarca de blancos, ricos y protestantes. Ese fue el relato que la sociedad americana de los noventa puso en entredicho abriéndose a múltiples negociaciones étnicas, de género sexual, clase social y religión.

Sin embargo, lo que está reconstituyéndose ahora es precisamente el ideal de un mainstream conservador parangonable a la tradición Reagan. En términos muy amplios, el conservadurismo es la expresión de una crisis de identidad nacional mal asumida. Tras una década de multiculturalismo, la cultura central blanca añoraba el poder supremo que había ostentado nacional e internacionalmente. Desde esta perspectiva, el 11 de septiembre es sólo el cruce de caminos de los conflictos y las dudas que la identidad cultural estadounidense ya venía confrontando. Pero el dilema se puede plantear en forma simple: vivir en la falacia de una sociedad culturalmente homogénea o aceptar la diversidad y el pluralismo, con sus nunca fáciles implicaciones.

BORIS MUÑOZ

COMUNICADOR SOCIAL, CANDIDATO PH.D.